

Cristo— ser “el signo de la presencia de Dios en el mundo” (AG 15). Al mismo tiempo, movido por la fe, discernir en los acontecimientos “los signos verdaderos de la presencia de Dios” en el universo (GS 11). Es decir, que **el Pueblo de Dios tiene que manifestar al mundo a Cristo, Señor de la historia, y revelar a los hombres que lo buscan “con sincero corazón” su misteriosa presencia.**

Así la Iglesia, “semilla y principio del Reino” (LG 5), irá haciendo que todas las cosas se vayan definitivamente recapitulando en Cristo. Cuando todo le haya sido sometido, entonces Cristo entregará el Reino al Padre y El mismo se le someterá para que sea Dios todo en todas las cosas (I Cor 15, 24-28).

“Viendo la multitud, se compadeció de ella..”

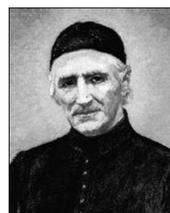
Señor Jesús, llénanos de la misericordia
con la que miraste a la multitud,
la comprendiste y la amaste.
Tus palabras no eran nunca de reproche
para aquellas gentes
que estaban como ovjas sin pastor, dispersas;
eran palabras de amor, de salvación
y las pronunciabas para reunir a la gente,
para recogerla.
Haz que entre en sintonía contigo,
para que piense junto a Ti y contigo
sobre la realidad de hoy,
sobre el mundo, sobre mi vida dispersa.
Haz que sienta que esta vida mía me ha sido dada por Ti
para reconducirla a la unidad,
para vencer frustraciones, resistencias, resentimientos
y para llegar a aquella paz mesiánica
que Tú me prometes.

CARLO MARÍA MARTINI

No hay virtud sólida sin esta visión de fe, sin este motivo: Jesucristo, presente en todas partes, solicitando y recibiendo nuestros servicios y tratando todos nuestros asuntos con nosotros mismos.

Siempre y en todas partes, solo a solas con Jesucristo. (DE 211)

Composición del RP Daniel R Martín scj



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

**¡Adelante! ¡Siempre adelante!
Atentos a los signos de DIOS
en los límites de nuestra posición**

Año VI 2002 - Nº 5

CONTINUAMOS CON EL TEXTO DE MONS PIRONIO, *IGLESIA Y MUNDO...*

CRISTO SEÑOR de la HISTORIA

8. Precisamente es Cristo —“Señor de la gloria”— quien por su Encarnación y su Misterio Pascual relaciona fuertemente la Iglesia (que es su Cuerpo) con el Mundo. La Palabra de Dios —por la que todas las cosas fueron hechas desde el principio— se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros” (Jn 1/1-14). Desde entonces el hombre y su historia, el mundo y sus cosas, se relacionan con Dios de un modo nuevo.

“El Hijo de Dios con su Encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22). A través de su naturaleza humana toda la creación es asumida y transformada.

La realidad temporal conserva su original autonomía. Pero, nada es ahora definitivamente profano. En cierto modo el universo ha quebrado inicialmente consagrado y redimido por la presencia y la actividad del Verbo.

“El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en Sí mismo” (GS 38). “El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas” (GS 45). Tres ideas se repiten en los dos textos: el Verbo *creador*, el Verbo que entra en la historia como *hombre perfecto*, el Verbo *recapitulador* de todas las cosas.

Cristo establece una relación profunda entre la creación y la redención, entre el orden de la naturaleza y el orden de la gracia, entre la historia humana y la historia de la salvación. Todo fue creado por Él y para Él (Col 1/16). Pero el mismo Cristo, “Primogénito de toda la creación” —en quien todas las cosas son creadas—, es también “Cabeza de la Iglesia”, Primogénito de la re-creación, por quien todas las cosas son reconciliadas con el Padre (Col 1,15-20). “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Cor 5/10). “El mismo Dios es Creador y Salvador, y es el mismo Señor de la

historia humana y de la historia de la salvación” (GS 41).

9. Cristo inaugura la nueva creación. Las cosas empiezan a relacionarse con Dios y entre sí de un modo nuevo. Cuando aparece Cristo son los tiempos últimos y definitivos (Heb 1/2). Él manifiesta plenamente al hombre su misterio y le descubre la sublimidad de su vocación. Vocación suprema que en realidad es una sola, es decir, divina. Por su misterio Pascual introduce en la historia la Alianza Nueva. Por el don de su Espíritu hace al hombre nuevo, conformado con la imagen del Hijo, primogénito entre muchos hermanos. Cristo se ofrece como el hombre perfecto. Al misterio pascual de Cristo queda, en cierto modo, asociado todo hombre de buena voluntad (GS 22).

El misterio del Padre —el designio de la salvación definitiva— es éste: que en la plenitud de los tiempos todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra (Ef 1/10). Por lo mismo Cristo se convierte en “la clave, el centro y el fin de toda la historia humana” (GS 10). “El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones” (GS 45). Cristo es “el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin” (Apoc 22/13).

La Encarnación redentora pone a Cristo en el corazón del universo. “Todo subsiste en Él” (Col 1/17). Cristo no es sólo “Señor del sábado” (Mc 2/28), sino de todas las cosas. Puede hablar y actuar con autoridad porque es “Maestro y Señor” (Jn 13/13). El Padre ha puesto todo en sus manos (Jn 3/35). Por eso, todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo (Jn 5/19).

10. Pero es el Misterio Pascual —muerte, resurrección, ascensión— **lo que constituye esencialmente a Jesús “Señor de la historia”.** Porque Cristo se anonadó hasta la muerte de cruz, por eso Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda lengua confiese que “Jesús es el Señor para la gloria del padre” (Fil 2/5-11).

La resurrección de Jesús no es simplemente un signo que confirma su misión (Jn 2/18-22). Ni es sólo el principio de nuestra propia resurrección y la garantía de nuestra fe (1Cor 15/22 ss). Fundamentalmente la resurrección de Cristo es la manifestación del “Hombre Nuevo” (Ef 2/15) del “último Adán que da la Vida” (1Cor 15/45), del descendiente de David “constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección entre los muertos” (Rom 1/4). Exaltado a la derecha del Padre, Cristo es constituido el Kyrios, el Señor del universo. Por eso envía constantemente al mundo el Espíritu de la Promesa. A ese Jesús que los hombres crucificaron “Dios lo ha hecho Señor y Mesías” (Hec 2/36).

Con la resurrección de Cristo se manifiesta “la humanidad nueva”. En el Cristo glorificado a la derecha del Padre empiezan a recapitularse todas las cosas. Es el “testigo fiel, el Rey de los reyes de la tierra, el Señor del universo” (Apoc 1/5-8). Desde el Padre, Cristo enviará su espíritu que habitará en nosotros (Rom 1/11) y nos hará “nueva creación” en Él (Gal 6/15).

Es otro signo de su señorío universal: Cristo no solo recapitula y renueva el universo entero —“íntimamente unido con el hombre”— sino que, por medio de su Espíritu vivificador, constituye “a su Cuerpo, que es la Iglesia, como Sacramento universal de salvación” (LG 48). Pueblo de Dios insertado en la comunidad humana para hacer que su historia se transforme en historia de salvación.

11. Cristo —a quien el Padre entregó “todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28/18)— **vive y actúa permanentemente en la historia.** En el corazón de los hombres ha sido plantada para siempre “la semilla del Verbo” (LG 11). Sigue siendo “la luz verdadera, que al venir a este mundo, ilumina a todo hombre” (Jn 1/9). Por lo mismo obra misteriosamente en los hombres para conducirlos a su Iglesia.

Entre tanto, ha comunicado a la totalidad de su Pueblo sacerdotal y profético “esta potestad regia”, este señorío sobre las cosas (LG 36). Ya el hombre, creado a imagen de Dios, había sido hecho señor de las cosas (Gen 1/28).

En la Liturgia rezamos al Padre Santo: “A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que sirviéndote solo a Tí, su Creador, dominara todo lo creado” (Anáfora IV).

Pero, hecho “hombre nuevo” en Cristo (Col 3/10), revestida “la imagen del hombre celestial” (I Cor 15/49), el cristiano participa de un modo nuevo del señorío universal de Cristo “Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios” (I Cor 3, 22-23).

12. Cristo, Señor de la historia, continúa ahora su señorío en la Iglesia. A través de la actividad de los cristianos que, a un mismo tiempo, proclaman el Evangelio y “ordenan, según Dios, los asuntos temporales” (LG 31). Urgidos por su fe, **los laicos** construyen el mundo y, al mismo tiempo, son “testigos de Cristo en todo momento” (GS 43). “Consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo... consagran a Dios el mundo mismo” (LG 34). Al mismo tiempo —como fermento y levadura de Dios— son testigos ante el mundo de la resurrección y de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y signos del Dios verdadero” (LG 38).

Corresponde al Pueblo de Dios —partícipe del señorío de

